

## *El Entierro*

El día terminaba. Los últimos rayos escarlatas del atardecer se dispersaban. La claridad del horizonte se disipaba. Llegaba la noche. El sol en su esconder formó múltiples rayos de una cálida tonalidad, que se extendían por el cielo formando un halo fantasmal...

Bajo ese espectro de luz: la árida tierra y en un lugar poseído por los llantos: el desfile, el entierro.

Aquella era la última marcha en recuerdo de Elizabeth. En su pueblo natal que vio nacer a la que ahora muerta está. Ella por sus deseos es enterrada donde antes emergió de la vida. Un lugar perdido en un pueblo pequeño: *Ligereza*. Ella en cabeza, liderando a las fúnebres tropas. Sus armas son las lágrimas y su batalla está perdida.

Ella los lidera encerrada en su tumba. Sin vida pero en el recuerdo de todas, inmóvil pero viajando a lomos de sus portadores, en silencio para escuchar los llantos de los que la lloran. Desfilan lentamente sobre la estrecha calzada. Rodeados de viejas casas, de grises y oscuras fachadas y llena de sombrías grietas, que acechan silenciosamente sobre la negra escolta que arrastra los pies sobre la tierra y deja un rastro de polvo arenoso tras su paso. Un rastro que el viento racheado revuelve y agita creando una extraña barrera de color amarillento, elevándose y suspendiéndose en el aire, propagando un agrio olor, sobre un aire caliente y pegajoso que dificulta la respiración.

No muy lejos estoy yo, y no menos, él, Velasco, su marido, que ni dolor siente, ni sintió jamás. Pero es aquí y ahora, bajo este pensamiento que la atmósfera se vuelve turbio, el

sendero a seguir oscuro y siniestro y mi razón y mi tez pálidas, cuando vi, y sin que los demás lo apreciaran, el movimiento. El balanceo que la tumba realizaba, una vez a la izquierda y otra a la derecha, parecía, quizás en una alucinación propia, no estar sugerido por el movimiento de los hombres que la portaban, si no más bien por razones ni humanas, ni naturales. Quizás motivada por una extraña sinrazón. Su negra forma se vio sometida a un baile de obscenos fines. El balanceo penetraba en mi mirada y yo me perdía en sus movimientos. Vi imágenes causadas quizás provocadas en mi imaginación por la tenue luz púrpura del atardecer y el halo espectral despedido por la tumba en su movimiento. La tumba se volvía húmeda, sudores de imposible procedencia surgieron de su negra forma. El polvo plomizo del suelo se elevó y sobre la tumba la rojiza tierra quedó adherida poco a poco. Se formó una película de barro que casi carnosa parecía respirar, resbalaba por la pared de ébano y tomaba formas, para mi alucinación, de vísceras e inhumanos órganos que sólo yo parecía ver. El ataúd se rodeo de una roja capa de piel desnuda, cruda, palpitante, con vida propia. Ya no era una simple tumba, si no una especie de matriz con forma de féretro que guardaba algo aberrante en su interior.

Un ligero tintineo me despertó de semejante alucinación, lo escuché atentamente y luego lo vi, desde lejos emergía del fondo incoloro que era ese pueblo gris. Vivos colores que vestía una niña que correteaba desde una de las ceras de la calle, iba rápida, aligerada; llegaba falda corta y calcetines rojos, un cabello tan rubio, tan dorado, tan dorado que parecía en llamas, camisa de un blanco immaculado, dos largas coletas a los lados que no caían hacia abajo, flotaban en el aire tiesas, llevaba una vara de metal y al

extremo hacia rodar un aro rojo; Corría en dirección contraria a la nuestra, pronto nos la encontraríamos cara a cara; cuando estaba a pocos metros del cortejo fúnebre dio unos ligeros brincos y alguna que otra cabriola, en esos momentos el aro salió despedido hacia el camino central por el que desfilábamos, rodó y rodó en círculos y en unas vibraciones agónicas terminó sus movimientos plantado en el suelo en medio del camino. Pasamos por encima de él aplastándolo con nuestras miradas. Nadie pareció apreciar la presencia de la niña, ni del aro, excepto yo. La niña se detuvo, y las campanillas que no dejaba de escuchar desaparecieron, me miró con sus negros ojos y me dedicó una mueca traviesa y misteriosa que se transformó en una sonrisa trasparente, limpia, mostrándome sus encías gigantes y la niña levantó la mano y me saludó, observándola parecía estar allí, parecía real, aunque intuía que quizá no existiera, quizás porque por sus ropas parecía pertenecer a otro tiempo, a otra época.

Volví a mirar el féretro. No pude resistirlo, estaba frente a mí. Su asquerosa forma me producía náuseas. El extraño balanceo continuaba y este era acompañado por un viento que susurraba de lejos. Levantado el polvo de los no asfaltados caminos que se transformaba a medida que avanzábamos fuera del pueblo en una nube que nos acechaba sigilosamente, como una fantasmagórica niebla. Pareciendo no ser impulsado por el viento sino por otra fuerza de procedencia no natural. Poco a poco se unió al desfile, su halo nos rodeó y a todos pareció cegar, menos a mí para poder seguir viendo. El viento no cesaba en su acoso, seguía ahí, no se marchaba, su silbido se convirtió en una risa que la tumba en su balanceo acompañaba con la mueca más torcida y descarada que pudo emitir para atormentar mi razón.

El desfile se detuvo, tras él, el viento y con el polvo poco a poco fue disolviéndose en la nada. Todos se frotaron los ojos como despertando de un sueño, todos menos yo. Que contemplé el ataúd, por fin quieto, por fin estático. Ya no se balanceaba, ya no parecía sonreírme con esa mueca desfigurada en su vaivén. La oscuridad de repente llegó, las antorchas se encendieron, bañando los rostros parpadeantes de los viejos y las viejas que formaban en fila, en duelo por la muerta. Sobre la quietud que se alargaba más de lo necesario sobresalía en el alto del camino un inmenso poste de madera del que no entendí su finalidad en aquel tramo del camino, era inútil y sin embargo alguien lo había puesto. Bajé la mirada recorriendo visualmente la columna y al terminar el descenso visual observé bajo la ominosa luz movediza su sombra. El ataúd y el poste cruzaban su sombra verticalmente, formando paradójicamente una cruz, una inmensa cruz sobre la tierra, una cruz como aquella sobre la que descansaría el féretro una vez enterrado. Y después..., después el movimiento, volvió a moverse, volvió a bailar, nos pusimos en movimiento y no pude evitar tener el ataúd frente a mis ojos. Flotaba en el aire realizando piruetas ilógicas, tanto que no parecían reales, pero fue cuando en el suelo su sombra pareció tomar la forma de un serpiente, que se recortaba en el suelo, húmedo y a la vez agrietado, rodeada de polvo gris, reptaba por el suelo siguiendo el compás del desfile y se retorció siniestramente sobre sí misma ágil y desenvuelta. Serpenteando como si obedeciera la voluntad subyugadora de una diosa Ofidia y la obligaba mientras el ébano de la tumba ondulaba su forma rectangular a una extraña danza sobre aquella maldito tierra, que la víbora larga y delgada recorría a cada paso que dábamos acompañándonos en nuestro duelo; me parecía tan real que creí ver sus surcos sobre el terreno. Cerré los ojos, quizás para despertar y al abrirlos vi: una mano larga, arrugada y seca como un cactus muerto, que sostenía una rosa de llameante color, recogí la flor con

mi mano rozando la suya y evitando ver el rostro de esa mujer encorvada regalando flores de una corona fúnebre. Al abrirlos descubrí que la luz se había desvanecido, las tinieblas me cegaron y el camino desapareció. Respiré profundamente; acto seguido un rayo me deslumbró y pude ver huir a la serpiente bajo la tumba, pude ver sus ojos brillantes sobresalir de la nada, sólo vi esos ojos lacrimosos mirarme tristemente, ojos húmedos y empapados en dolor. Entré en una especie de sueño, en un letargo ominoso y lleno de tinieblas...

Después llegaron las voces, un murmullo que se transformó en un ruidoso coro; sentí alzarme sobre el suelo y volar; mis pies se incorporaron y abrí los ojos. Me había desmayado. Miré bien a mi alrededor y todo parecía estar bien, las alucinaciones habían cesado; el féretro estaba bien, inmóvil, fijo y sin balancearse; sujetado por los cuatro hombres que se disponían a depositarlo en el suelo. Habíamos llegado al cementerio, el hoyo era oscuro y profundo, el silencio se hacía eterno, casi inmortal. Velasco el marido mira aquel agujero en el suelo, con una mirada casi inclemente. Algo dentro del ataúd se agitó, como convulsionado por algún hecho fantástico, la caja cayó en el foso por su propia voluntad y la tapa se abrió. Elizabeth nos dedicó a todo una sonrisa muerta que jamás olvidaremos, su mano estaba extendida, alzada sobre el aire, gravitando entre su hombro y la figura inmóvil que contemplaba cerca del hoyo: Velasco. Al extremo de la mano, un índice. Señalando, señalando a la persona de Velasco. Señalando con un fin inquietante y misterioso. Un gran murmullo emergió de los allí reunidos y Velasco como si obedeciendo a designios de aquella mano que la señalaba con culpabilidad mortal ¿saltó? ¿Cayó? ¿Fue empujado? Nadie lo supo. El caso es que se golpeó la cabeza con un de los lados de la caja rectangular y se abrió el cráneo. Aquella fatídica noche enterraron dos personas, marido y mujer, aquellos dos que se odiaban y estaban

condenados a vivir juntos por santo matrimonio, aquellos dos que se pudrirían bajo el mismo palmo de tierra, aquellos dos, del que se dice que uno asesinó al otro en vida y el muerto en venganza mató al vivo en la muerte.

Y dicen los del lugar que sobre la tumba compartida han visto a una vieja, una vieja de rostro marchito que el tiempo ha envejecido. Y dicen que en su mano sostiene una rosa de un rojo de fuerte intensidad, un rojo sanguíneo, que deja escapar para que el viento se la lleve y se pierda en los confines del infinito.